

blar de la *conversión al catolicismo de un anglicano* o de cualquier otro cristiano ya bautizado. Estos casos, siguiendo la terminología misma de la Liturgia de la Iglesia, deberían ser descritos usualmente con la expresión *recepción en la Iglesia Católica* o bien *plena incorporación a la Iglesia*.

Volviendo al objeto del libro que hemos comentado, cabe observar que, de acuerdo con la acertada convicción sostenida por el Autor acerca de la naturaleza de la conversión genuina, si la acción divina es el factor decisivo en tal conversión, sólo la teología dogmática cristiana —en cuanto ciencia de la revelación— está en condiciones para dar razón de la naturaleza de ese «elusivo» fenómeno. El método fenomenológico (encuadrado aquí en una perspectiva psicosociológica) puede proporcionar, con todo, un rico acervo de datos para la reflexión teológica e incluso acuñar algunas categorías clasificatorias útiles. Pero los resultados positivos de este libro deben no poco a la fe cristiana de su Autor y a su saber teológico; a esta acción sapientiosa de la teología —discreta, respetuosa con los hechos, pero eficaz— se debe atribuir quizás el buen sentido que el Autor demuestra a menudo mientras navega en el confuso mar bibliográfico que maneja.

J. M. Otero

Massimo BORGHESI, *Posmodernidad y cristianismo. ¿Una radical mutación antropológica?*, introducción de Fernando de Haro, Ediciones Encuentro, Madrid 1996, 230 pp., 14, 5 x 23. ISBN 84-7490-412-9

Durante los veranos de 1989 y 1990 Massimo Borghesi, profesor de Filosofía de la Religión en la Universidad de Perugia, dictó cursos a estudiantes de la

Universidad de Salamanca; en 1991 volvió de nuevo a España para intervenir esta vez en los cursos de verano organizados por la Universidad Complutense en El Escorial. Fruto de esos cursos, prolongados y completados después en artículos aparecidos en *30 Giorni*, es el libro que ahora reseñamos.

Borghesi reflexiona, desde diversas perspectivas, motivadas unas por acontecimientos concretos de la historia presente, otras por coordenadas de carácter teórico, partiendo, como otros muchos de los que integran la redacción de *30 Giorni*, de una convicción básica: la necesidad de un cristianismo vivo. La cultura nacida de la Ilustración se encuentra en crisis y, en ese sentido, puede hablarse legítimamente de posmodernidad. El cristianismo, al que la cultura ilustrada —al menos en sus filones más influyentes— se opuso y al que aspiró a sustituir, se encuentra así en una coyuntura nueva, e incluso podría pensarse en que tiene frente a sí un campo despejado. Sólo que —éste es, sin duda, el punto nuclear de la posición de Massimo Borghesi— para afrontar el reto histórico con que se ve confrontado es necesario que el pensamiento cristiano sea capaz de ir a lo hondo de sí mismo, liberándose de las tendencias racionalizadoras y iusnaturalistas que, al colocar en primer plano la preocupación por evidenciar su racionalidad, impiden que se manifieste toda la pujanza de la fe cristiana y en consecuencia enfrentarse con el proceso de secularización.

Esa orientación de fondo se refleja en las dos partes en que se divide el libro. La primera —titulada *El fin de la cristiandad*— tiende en efecto a denunciar la existencia de un agotamiento en el pensar cristiano convencional, postulando la necesidad de un nuevo comienzo, para el que resulta paradigmáticas figuras como San Agustín, entre los pensador antiguos, y Romano Guardini y Rein-

hold Niebuhr, entre los modernos. El camino así apuntado se prosigue en la segunda parte —titulada *El realismo cristiano*— en la que, una vez criticada la reducción gnóstica e idealista del cristianismo, se propugna un realismo cristiano, entendiendo por realismo no la adecuación a lo que resulta posible, sino más bien la radicación en la peculiaridad de lo cristiano. De ahí un libro en más de un momento provocador, cuya lectura, aunque no se compartan ni todos sus análisis ni todas sus afirmaciones, resulta muy estimulante.

J. L. Illanes

Gianni VATTIMO, *Creer que se cree*, Ed. Paidós Ibérica, Barcelona 1996, 127 pp., 13 x 20. ISBN 84-493-0327-3

Vattimo, Profesor de Filosofía en la Universidad de Turín, fue el creador de la expresión «pensamiento débil» —él mismo narra lo anecdótico de ese calificativo (p. 31)— y una de las principales cabezas que han propugnado este movimiento filosófico.

En este pequeño ensayo, escrito a modo de confidencia personal, trata de explicar al gran público y de explicarse a sí mismo una nueva postura que ha decidido adoptar frente al cristianismo.

Él es consciente de que en su espíritu se ha producido un cambio de disposición ante lo religioso en general y ante una fe católica que había abandonado voluntariamente décadas atrás. Entre los factores decisivos que reconoce para ese cambio de actitud menciona, en primer lugar, la «experiencia de la muerte de personas queridas» (p. 12), una experiencia más lacerante en cuanto le ha resultado inesperada. ¿El súbito renacer del interés religioso se debe, entonces, a haber entrado en «la fisiología de la madurez y el envejecimiento» (p. 13)? Vatti-

mo descarta como improbable esa hipótesis, al menos como exclusiva; su nueva situación es también «la consecuencia de un proceso histórico en el que se han quebrado, de forma totalmente contingente, proyectos, sueños de renovación, esperanzas de rescate, también político, con los que me había sentido profundamente comprometido» (p. 15). Los humanismos de la modernidad, y especialmente el marxista, se han derrumbado: han dejado de ser creíbles.

La inminencia de la muerte se une, pues, a la experiencia del derrumbamiento de ideales muy queridos: «en uno y otro caso el problema de Dios se plantea en conexión con el encuentro de un límite, con el darse cuenta de una derrota: creíamos poder realizar la justicia en la tierra, vemos que no es posible, y recurrimos a la esperanza en Dios» (p. 16).

El Autor trata de ver su propio itinerario espiritual en el marco de un hecho histórico más universal al que está sujeta la sociedad actual: el nuevo atractivo de lo religioso. Por eso, también adscribe las causas de su personal mudanza a motivos específicamente intelectuales: «El hecho es que el *fin de la modernidad* o, en todo caso, su crisis ha traído consigo también la disolución de las principales teorías filosóficas que pensaban haber liquidado la religión: el cientifismo positivista, el historicismo hegeliano y, después, marxista. Hoy ya no hay razones filosóficas fuertes y plausibles para ser ateo o, en todo caso, para rechazar la religión» (p. 22). Pero —como veremos más detenidamente—, Vattimo se esfuerza por contemplar su nueva disposición mental como una consecuencia lógica de su trayectoria intelectual, de su recepción del pensamiento de Nietzsche y de Heidegger, de la constatación del fin de la metafísica y del surgimiento del *pensamiento débil* como única alternativa filosófica válida para nuestro tiempo (pp. 31-33). Situado en ese sustrato de pensa-